

NADIE PAGARÁ (CUBA 1980-2010)

José PRATS SARIOL¹

El joven del que les voy a hablar nació un día como hoy de 1980, en dos años cumplirá treinta. Sus padres aún desconocen que Elpidio significa esperanza, tampoco han leído las *Cartas a Elpidio* del sacerdote católico Félix Varela, si acaso en la enseñanza media examinaron que fue un prominente patriota que luchó contra España.

Le pusieron Elpidio por un personaje muy popular entre los niños y cubanos: Elpidio Valdés, mambí aguerrido y travieso del siglo XIX, creado por Juan Padrón en 1970 —en la revista *Pionero*— y popularizado por él mismo en sus películas de animación. En su infancia, en la tele o en el cine Mara de su barrio de Santos Suárez, cuando la electricidad no le hacía trampas, mucho saltó entre emociones y risas ante las aventuras de su tocayo. Y aún recuerda cuando en 1989 asistió al estreno de *Elpidio Valdés y Palmiche contra los lanceros*.

Los recuerdos que Elpidio traerá consigo en el 2010 —ahora sí como emblema de la esperanza— involucran la hermenéutica de la microhistoria, la “reducción de escala” que leemos en Giovanni Levi y Carlo Ginzburg y que tanto se acerca a la novela histórica. Esta crónica intenta observar un ángulo que filósofos sociales e historiadores comienzan a profundizar, a observar con cierta perspicacia; aunque es de elemental rigor recordar unas palabras de Octavio Paz en su ensayo “Lectura y contemplación”, cuando advierte: “Nombrar y clasificar no equivalen a explicar y menos aún a comprender”.

¹ Escritor cubano.

Quizás el joven tenga una idea de los hitos históricos que experimentó el tan maltratado planeta y nuestro tan maltratado archipiélago en sus años de existencia. Aunque apenas enuncia sus consecuencias cubanas, como el desmerengamiento del mal llamado campo socialista y la crisis que le sobrevino a Cuba, al carecer de la muy interesada ayuda de la Unión Soviética. Elpidio tenía 14 años cuando los balseros y la despenalización del dólar, cuando se declara el hábil eufemismo del “Periodo especial”. Sí vio cómo despedían a los García en la calle Estrada Palma, casi esquina a Heredia, entre ellos a una adolescente de su misma edad, Mireya, con la que ya empezaba a flirtear cuando aquel agosto rompió otra vez —como en Camarioca o en el Mariel del 80— la resignación y la abulia, cuando el infinitivo “escapar” le hizo los honores a su carácter infinito, sin tautología.

A Mireya la acaba de ver, cuando regresó a visitar a su abuela, a los amigos y vecinos; cuando desembarcó en Santos Suárez y una noche le visitó, pero no para hablar de cómo le va por Atlanta, donde trabaja cerca del Museo de la Coca-Cola, ni para declarar su simpatía por Obama o condenar el embargo. Tampoco para que Elpidio le contara de las vicisitudes tras los huracanes, o de que ahora Raúl Castro era el presidente de los Consejos de Estado y de Ministros y pareciera que las reformas se han archivado.

Para su generación, a diferencia de sus padres, lo que suceda en la Casa Blanca o en el apolillado Palacio de la Revolución, le cae como una lluvia ácida, ni cuenta parece darse de cuánto le perjudica. O ante la certeza de que poco importa cómo ellos piensen, prefieren, como el almirante japonés de que hablara José Lezama Lima, tapar la presencia de la flota enemiga desplegando un abanico.

Mireya y Elpidio se entretuvieron con la vez en que fueron de excursión a la playa de Santa María, gracias a que el papá de Andrés —pincho gordo— dirigía por entonces un parque de guaguas y logró el milagro —desvío de recursos del Estado— en pleno 1988, al empezar los fantasmas con sus travesuras de no hay, entre la Perestroika y la Glasnot. Rieron de los matutinos, cuando se entretenían en empujarse y en halarle la cola de caballo a Luisa,

la que siempre lloraba, mientras Esther, la maestra de historia, les hablaba de un tal Lenin, de un tal Che Guevara, de cualquier efeméride luctuosa y lejana, sobre todo ajena.

De ahora sólo le contó que a veces se quedaba a dormir en casa de su novia, o ella aquí en su cuarto de niño, porque el matrimonio, como el de su hermano Mario, sólo conseguiría enmarañar las tardes de domingo con más no hay, con más hasta cuándo. Y una anécdota reciente, de otro vecino que apostó a un bote por unos manglares al sur de Pinar del Río, rumbo a Yucatán, hasta que la mala suerte de un temporal se tragó la aventura.

Se despidieron en la esquina, como alguna vez cuando ya en la secundaria se escaparon hasta el Malecón, hacia los carnavales. Se despidieron mirándose a los ojos verdes y a los café, como si ese abrir sus baúles hubiera sido un pecado contra la patria, contra la propaganda amiga o enemiga, contra las leyes. Se despidieron con una sonrisa sin locación, detrás de algo que pudiera llamarse familia o azar, destino o truculencias de algo que llamaron historia, geopolítica, confrontación.

De regreso a casa, Elpidio vino a dormirse cuando el gallo del babalawo Quiñones ya comenzaba a desperezar sus cantíos. En esa rosca de tiempo, sin embargo, no buscó culpables, ni generalizó ni infirió. Apenas anduvo por su casa de portal y vigas descascaradas, la que su madre había heredado de jovencita cuando cuidó a una tía y se casó por primera vez, hasta que conoció al que sería su padre en un trabajo productivo, cuando la consigna era el café caturra y producir diez millones de toneladas de azúcar, según le contaba frente al plato de frijoles, las croquetas de truco, la noticia de que el pollo —que hace años viaja desde los Estados Unidos— pronto llegará a la carnicería de Luis Estévez, porque ya anda por Lawton como si fuera Alejandro de Humboldt.

Pero entre un beso a Mireya que ahora ninguno de los dos quiso remover y la noticia de que lo más seguro era que su madre no podría retirarse, pues alargarían la edad mínima de la jubilación, Elpidio recordaba cuando le dieron el carnet de la Unión de Jóvenes Comunistas, como si tramitara una inscripción de na-

cimiento o un pase de abordaje. Antes de no entrar a la universidad porque gracias a su tío Conrado —ex oficial del Ministerio del Interior y ahora jefe de turno en el Meliá Cohíba— ganó la rifa de maletero en el hotel, pudo arañar desde adolescente la moneda real de las propinas que sumarían lo que ni en una alucinación esplendorosa obtendría como economista, la licenciatura que siempre deseó estudiar cuando desde niño los números le sonaron dúctiles, manipulables como ahora en Wall Street.

Lo que sí no le pasó por la mente fue la rutina de asambleas y marchas, de aplausos y asentimientos. Así había sido desde que —como se dice— tuvo uso de razón. Así y le daba igual, mientras los requisitos no aumentaran, mientras la “cosa” no se pusiera peor y sus queridos turistas canadienses o alemanes, gallegos o mexicanos, contribuyeran con un dolarito o dos, y a veces hasta con cinco, a su causa particular, privada, tan cubana como las palmas o José Martí.

Lo otro —de tanto oírlo y él mismo repetirlo— le había saturado tanto como los chicharos que cada día le pusieron en el comedor de la escuela, hasta que dejaron de llegar los barcos del Mar Negro y del Báltico, de los hermanos internacionalistas. A él ni le iba ni le venía que ahora se llamara Venezuela la sede de la hermandad. ¿Qué jugaba aquello con su entrenamiento pioneril de mirar para el cielo, cumplir sin entender? ¿Cuál trova —vieja o nueva— iba a cambiar su blindaje?

Sin embargo, en alguna fiestecita en la casa que los padres de su novia rentan en Guanabo, y a donde se aparece con dos botellas de añejo proporcionadas por las propinas, han surgido discusiones sobre la proporción entre lo mal que se vive y lo feliz que debe aparentarse, entre la realidad y el deseo que cubre a su generación en cualquier parte del mundo, con la minúscula diferencia de que en Cuba, además, tienes que mover el rabo como un perro al que le tiran un hueso.

Pero Elpidio ni entre tragos suelta prenda. Muy sencillo: no le interesa, sabe o cree que se trata de una perdedera de tiempo, para colmo peligrosa. Y así va viviendo. Siente que su verdadera

angustia de vivir dobla por otra esquina. Una de aquellas noches en la playa, lo único que se atrevió a decir fue que los viejos apenas le daban chance a los jóvenes. Y enseguida se encogió de hombros, habló de su equipo de pelota, se enredó en una discusión, ahí sí que con el ánimo de Hernán Cortés, sobre cómo deslizarse en primera base cuando el bateador toca por tercera.

Lo otro para él es, además, ver que en su casa no falte nada, venga de donde venga, por la izquierda, el centro o la derecha. ¿Qué tiene que ver el mercado informal con la bolsa negra? “Absolutamente nada” —se dice. “¿Es delito robarle al Estado?” —nunca se lo ha preguntado. “¿Hay presos de conciencia?”, tampoco le ha distraído su mente esa manera de armar rompecabezas.

Ya sus padres y sus abuelos pagaron por él —y bien caro— la cuota de preocupaciones por la enseñanza y la salud gratuitas. Ya eso pasó, allá lejos, antes., cuando no se improvisaban profesores y había medicinas de última generación en los hospitales y farmacias. “¿Por qué yo —se dijo una vez— tengo que pagar una hipoteca que no contraté, un legado que no elegí?” ¿Por qué —murmuró con rabia— son tan egoístas que le pasan a sus hijos y nietos la eterna deuda de los que fracasan aquí o en Miami?”

¡Ah, Elpidio!... Casi al borde del 2009, cuando estés al caer bajo el friso de los treinta años, quizás asome en ti un gesto, un ademán que no vaya del Meliá Cohíba a Santos Suárez, de la cama a la mesa, de tu novia al beso de Mireya, de tu motocicleta china a la carne de res que compras por debajo de la mesa del hombre nuevo. ¿Quién sabe? ¡Quién sabe!

Si para el 2010 Cuba no está peor; es decir, si ha logrado insertarse en el mundo democrático que se anhela, paulatinamente libre de modelos económicos —comunismo o neoliberalismo— y manías fanáticas con olor a naftalina progresista; si enfrentamientos y egoísmos para entonces comienzan a desaparecer; si nos libramos del futuro hipotético o modo potencial, de condicionantes anquilosadas; lo mejor es que nadie pague las culpas de bisabuelos, abuelos, padres e hijos. Elpidio no merece pases de cuenta. ¿O acaso no simboliza la esperanza?

